

EFEMERIDES

Marzo

23

SABADO

S. Victoriano

Mañana Stas. Sirenas
y Agachito

1814.—Nace en la

ciudad de Puerto

Príncipe la renom-

brada poetisa Ger-

trudis Gómez de

Avellaneda.

BIOGRAFIA

Gertrudis Gómez de Avellaneda.

La Avellaneda es considerada ("nemine discrepante," me parece) como la primera de cuantas mujeres han escrito versos en lengua castellana. No hay en la dramática española otra que la igual, y ocupa además indisputablemente, puesto importante, en primera fila, entre los que durante el período romántico cultivaron en España la poesía. Fué, como Ventura de la Vega, don de América á la madre patria; fuélo mucho más, pues Vega salió de Buenos Aires en la infancia y se educó en España enteramente, mientras la Avellaneda contaba ya veintidos años de edad cuando abandonó la isla de Cuba; sus gustos y su carácter hallábanse formados y tuvo por primer modelo, por primer objeto de su entusiasta admiración, á un gran poeta cubano, José María Heredia, primo hermano del otro poeta que con sus "Trofeos" ha cubierto de gloria el mismo nombre.

Nació en el año de 1814 de padre español, como el de Vega, y madre cubana, en la ciudad interior de Puerto Príncipe, cabecera importante de toda una región en el centro de la isla, en esa época todavía poco poblado. El padre, oficial de marina, ocupaba puesto no insignificante en la organización militar de la comarca, pero murió dejándola en la niñez. La madre contrajo segundas nupcias con un coronel del ejército oriundo de Galicia, y en 1836 se embarcó toda la familia para esa provincia de España. Dijo adiós la joven poetisa á su patria en un

soneto, más afectuoso, no menos bueno que el de Vega "á la nave en que debía volver á Buenos Aires". Ninguno de los dos olvidó el suelo en que "rodaron sus cunas".

De la Coruña pasó Gertrudis con un hermano de padre y madre á visitar en Andalucía, el solar de sus abuelos paternos; allí se quedó algún tiempo y en Cádiz se publicaron en 1839 sus primeros versos, bajo la protección del que después fué crítico celebrado, aunque nunca de gran iniciativa, Manuel Cañete, director de un periódico titulado "La Aureola". Nuestra poetisa, que aun allí se tenía por forastera, firmaba con el seudónimo de "La Peregrina".

A fines de 1840 llegó á Madrid. Era el instante más lucido del renacimiento literario. Vivían y es-

cribían todos los adalides de la revolución literaria, Larra soamente había desaparecido, y aun estaban en pie prohombres gloriosos del pasado, como Quintana, Gallego, Martínez de la Rosa. La recién llegada poetisa, laureada antes en concursos celebrados en Sevilla y otras ciudades andaluzas, era también de antemano conocida de los literatos madrileños por sus versos publicados en Cádiz. Reunía en su persona dotes que en ninguna parte podían pasar inadvertidos: juventud, hermosura, talento poético de primer orden, y la sociedad culta de la capital y los círculos literarios la recibieron, cual era de esperarse, con agasajo y la aclamaron con entusiasmo. Un año después de su llegada apareció en un pequeño

volumen la primera colección de sus poesías, con prólogo de Gallego, encomiástico, pero no exagerado en la alabanza. Su reputación quedó desde este momento asegurada y su nombre unido al de los mejores escritores nacionales.

Esas poesías de 1841, retocadas, corregidas ligeramente sin alterarlas (demasiado, reaparecieron acompañadas de muchas otras en 1850, formando volumen mayor, el cual contiene en suma cuanto de ella hoy importa recordar como poetisa lírica. Después de 1850



había sin duda continuado escribiendo, pues contiene esa edición final numerosas composiciones nuevas cuyo estilo revela el firme pulso de siempre, aunque la inspiración haya decaído; pero no volvió su genio á brillar con esplendor igual al de esa colección preciosa de 1850, cuya última poesía por cierto lleva este triste título: "El último acento de miarpa".

Nadie tuvo y conservó siempre de su arte idea más alta, respeto más profundo, y magníficamente lo expresó desde muy temprano en su oda á "La Poesía" y en las robustas octavas "El Genio Poético", dedicadas á Gallego:

La gloria de Marón el orbe llena,
Aun suspiramos con Patrarca amante,
Aun vive Milton y su voz resuena
En su querube armado de diamante.
Rasgando nubes de los tiempos truena
El rudo verso del terrible Dante,
Y desde el Ponto hasta el confín ibero
El son retumba del clarín de Homero.

Octavas de ese temple hacía Espronceda cada vez que quería, Tassara de cuando en cuando; son muy abundantes en la Avellaneda.

La oda "La Cruz" de la Avellaneda, como las de Quintana "Al Mar" ó á "La Invención de la Imprenta", es una rápida y elocuente generalización histórica, en que sigue á grandes pasos con mirada penetrante las etapas más famosas del viaje de la humanidad á través de los siglos. Quizás ni Quintana mismo hubiera osadamente aventurado en aquellos días la serena y grandiosa alusión á la separación de las colonias:

Dió un paso el tiempo y á su influjo vario,
Que tan pronto derrota como encumbra,
No es ya de un mundo el otro tributario...
Mas lamentable al signo del Calvario
El sol de Inca y del Azteca alumbró.

Tampoco Quintana (y esto es más seguro) se hubiera atrevido á cambiar súbitamente de metro y emplear las estrofas de versos de nueve sílabas, que con tanta novedad cierran la composición.

Traducir en verso fué siempre para ella grata tarea, en que se

distinguió. Tradujo no solo á Byron varias veces, sino también á Hugo, á Lamartine sobre todo, no menos felizmente que Andrés Bello, aunque con distinto sistema. La "Meditación" de Lamartine titulada "Bonaparte" parece mejor quizás en castellano que en francés.

La nota tierna, hondamente melancólica, la que poco se oye en la poesía de la Avellaneda y tan vivamente resuena, por ejemplo, en la de Espronceda "A una Estrella", vibra débilmente por lo general en la lira de nuestra poetisa. Sin duda por eso se ha dicho y repetido que es más bien un poeta que una poetisa: paradoja que en realidad ni expresa ni puede significar gran cosa. Fué mujer, muy mujer en todos sus escritos, como en sus cartas privadas, como en su vida entera; mujer del tipo y carácter de que tantas otras ha debido haber: altiva, orgullosa, de corazón entero, que no se dejaba dominar y difícilmente cedía á sentimientos duros y apacibles.

Dos solas poesías entre todas las suyas pueden considerarse verdaderamente amorosas, ambas tituladas "A él", separadas entre sí por un intervalo de cinco años.

Una de estas dos composiciones, publicada por primera vez en 1850, titulada "A...", reaparece en la edición final sin cambio alguno, salvo el título, que ahora es: "A él", como la otra. La poetisa, abandonada, exclama:

Te amé, no te amo ya, piénsolo al menos;
Nunca, si fuere error, la verdad mire!
Que tantos años de amarguras llenos
Trague el olvido; el corazón respire!
Lo has destrozado sin piedad: mi orgullo
Una vez y otra vez pisaste insano;
Mas nunca el labio exhalará un murmullo
Para acusar tu proceder tirano.

No era tuyo el poder que irresistible
Postró ante tí mis fuerzas vencedoras.
Quiso Dios y fué: gloria á su nombre!
Todo se terminó: recobro aliento;
Angel de las venganzas! ya eres hombre;
Ni amor ni miedo al contemplarte siento.

1

3

Su vida en Madrid, donde se vió siempre acompañada de respetuosa admiración, donde tan grandemente triunfó varias veces en el teatro, no fué venturosa sin embargo. Tocóle parte más que ordinaria de la calamidad humana, agravada por natural pesimismo de su ánimo, soportada empero con resignación, gracias á su profunda é inalterable confianza en los consuelos de la iglesia. Unióse en matrimonio, á los treinta y dos años, más por sentimien-

to heroico del deber que por amor, á un joven, literato de esperanzas, ya personaje político en Madrid. Así lo anunció ella misma al futuro marido en unos "Cuartetos" que poco antes del enlace le dirigió, contestando "á unos versos en que pretendía (él) hacer su retrato".

2

Yo como vos para admirar nacida,
Yo como vos para el amor creada,
Por admirar y amar quera mi vida,
Para admirar y amar no encuentro nada.
Yo no puedo sembrar de eternas flores
La senda que corréis de frágil vida,
Pero si en ella recogéis dolores
Un alma encontraréis que los divida.

Dentro de un mismo año se casó y enviudó. Encerrada en un convento de Burdeos, pasó los primeros meses de su luto y lamentó su triste suerte en dos dolorosas elegías.

Nueve años después volvió á casarse, con un coronel de artillería esta segunda vez. Como en el primer caso, de esposa se halló pronto transformada en enfermera, por haber sido su esposo grave herido, de una puñalada, á traición, en pleno día, al dirigirse á pie al Congreso de Diputados, de que era miembro. Mucho tiempo estuvo el herido en-

tre la muerte y la vida; repúsose lentamente, sin recobrar del todo su salud de antes, y aceptaron ambos cónyuges la invitación de acompañar á Cuba al general Serrano, que había sido nombrado Capitán General de la isla. De ese modo volvió ella á su patria al cabo de veinte y tres años de ausencia. Fué muy bien recibida por sus paisanos y públicamente coronada en una gran función de teatro. Pero ni aún la dulzura del clima de Cuba logró alargar mucho la vida del marido, y quedó ella viuda segunda vez. El golpe cayó más rudo que el anterior. Retornó á España más triste y desconsolada que nunca. Nada importante produjo ya desde esta fecha.

En carta de 17 de septiembre de 1866, dirigida á su amiga Cecilia Bohl, la ilustre mujer que firmaba sus novelas con el seudónimo de "Fernán Caballero", se encuentran estas frases desoladas: "Mi bello ideal es acabar en un convento esta triste vida. Si no he intentado ya, hace tiempo, realizar tal deseo, es quizá por miedo de perder mi última ilusión y mi última esperanza de felicidad en la tierra".

Nuevos motivos de tristezas surgieron para amargar más su situación con la muerte de su hermano querido.

"Alfonso Múño", "tragedia en cuatro actos", representada en 1844, fué el gran "debut" de la poetisa en el teatro, donde tantas victorias le aguardaban.

Un año después de esta primera y feliz tentativa dió á la escena otras dos obras, que con mejor acuerdo calificó de "dramas



nombre de tragedia que había impuesto á "Alfonso Múño". 3

"Saúl", "drama bíblico" en la edición final, "tragedia bíblica" en la primera impresión, leído públicamente en el Liceo de Madrid el año de 1846, reformado más adelante para representarse en el Teatro Español en 1849, obtuvo mediano éxito. No deja por eso de ser composición de muy alto vuelo, en que lucha á sabiendas la Avellaneda con predecesor de tanta fuerza como Alfieri, á quien vence en la parte lírica de la obra.

Continuó escribiendo para el teatro en los años siguientes. En el de 1852 una comedia, "La Hija de las Flores", muy aplaudida, demostración de la flexibilidad de su talento. Luego, dos curiosas traducciones en verso de originales franceses. "La Aventurera", de E. Augier, y "Catilina", drama en prosa, de A. Dumas y A. Naquet. En 1852 también una adaptación felicísima en forma de drama histórico y con el título, no tan feliz, de "La Verdad vence apariencias", del argumento mismo de novela que sirvió á Byron para componer su "Werner".

Por último, en 1858, el esfuerzo supremo, superior á cuanto hasta entonces produjo, "Baltasar", la obra que coloca y mantendrá siempre entre el de los primeros en España el nombre de Gertrudis de Avellaneda.

"Baltasar", "drama oriental", así creyóse que era voluntad de la autora llamarlo, pues así aparece impreso en la edición original y en las demás, inclusa la de 1869; pero, según se ve ahora por mera distracción, advirtiendo la fe de erratas del tomo II de esa recopilación final que debe leerse: drama "original", no "oriental", lo que es más propio, porque no basta que la escena pase en Asia para determinar el nombre y naturaleza de una obra, máxime cuando solo es oriental por lo que tiene de histórico. Era de preverse, —pues había siempre mostrado la Avellaneda conocer mucho á Byron, traducido varias veces de sus poesías, tomado para su uso

el argumento del "Werner", — que desde luego se sospecharía, se descubriría alguna semejanza entre el nuevo drama y el "Sardanapalo" del bardo británico.

El interés en "Sardanapalo" es más humano, más patético por consiguiente. La Avellaneda misma dice en la dedicatoria de su drama que es éste una inspiración religiosa, y termina en efecto con la profecía de Daniel, el plazo de las setenta semanas de años y el anuncio de la reconstrucción continuo padecer trajo su muerte, enlutando para siempre la memoria de la vuelta de la poetisa al suelo natal. Los años y las penas, lenta y seguramente acumulándose, explican de sobra el misticismo religioso en que creyó ella ver al fin su único refugio.

Nada he dicho de sus escritos en prosa, que llenan dos tomos de la colección de las Obras. Son novelas y cuentos principalmente, pues no recoge de sus trabajos sueltos en periódicos más que una serie corta de artículos titulados "La Mujer", amenos pero superficiales, escritos en 1860, con objeto de probar que "la fuerza moral é intelectual de una mujer se iguala "cuando menos," con la del hombre", y en los que parece revivir el dolor que le causó su fracaso ante la Academia Española, cuando, á instancias de muchos, se presentó solicitando en vano el honor de sentarse en la silla vacante que había ocupado Nicasio Gallego. La Academia votó por "exigua mayoría", como cuestión previa, que no admitiría personas de su sexo.

Entre las novelas faltan las primeras que escribió: "Sab", "Dos Mujeres", "Guatimozín", de argumento americano la primera y la tercera. "Sab", curiosa entre todas por ser el protagonista un mulato cubano esclavo, que en la adversidad de su condición y su



1

3

fortuna halla ocasión de desplegar heroicos sentimientos. Pero la pintura del régimen odioso no tiene aquí el carácter trágico que tan vigorosamente hizo resaltar después en otra novela otra célebre mujer americana. Brilla más el talento de la Avellaneda en cuentos y leyendas poéticas que en novelas de alguna extensión, y en prosa siempre infinitamente menos que en verso. Mas el acento de sinceridad es uno mismo en ambos casos, aunque recursos y resultados sean tan diferentes.

E. J. A..

Madrid.

Mundo, Marzo 22/04



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA